

EL ACTO DE AMISTAD QUE COMETO CADA DÍA

FERNANDO CONTRERAS CASTRO

No sé qué es la amistad. Los he engañado a todos: prometí venir a hablar de ella y ensalzarla con citas célebres y ejemplos edificantes; pero a última hora, en la soledad de mi mesa de trabajo, me sentí incapaz de abordar el tema.

Ya era tarde, ya ustedes venían de camino, algunos ya habían llegado y otros ya estaban sentados. Entonces vine a usurpar aquí el lugar de la palabra y confieso que sólo he podido atreverme a hablar del tema a partir de mí mismo, porque no concibo la amistad desde otra perspectiva, teórica o impersonal, por ejemplo. Entonces me corrijo: no sé qué es La Amistad, con mayúscula y en abstracto; nunca comprendí los manuales de la amistad, ni las frases célebres de las agendas, ni los versos trillados de las postales. Nunca comprendí los juramentos de lealtad con testigos, garantías, timbres y papel sellado. Nunca entró a mi casa un opulento, nunca he sido amigo ni de un comerciante ni del presidente, ni mi nombre ha figurado en las listas de los sobrealimentados progresistas. Nunca he sido amigo de la curia, ni de la policía, ni me hice retratar tampoco estrechándoles la mano a los famosos.

No sé qué cosa sea la amistad en estos tiempos a los que les ha tocado que los vivamos, porque lo que hoy vale es estar bien relacionado, tener contactos, ¿me explico?, uno o dos asesores; para nada una pandilla en lugar de un gabinete, y en vez de cómplices, tan solo estrategas.

No sé qué cosa sea la amistad hoy por hoy, cuando más que planes en común, lo que hay son puntos en la agenda... ¡y yo voy por la vida sin agenda!

No obstante, he venido por mis amigos, esos con los que he hecho amistad, por lo tanto, sin conocimiento de causa, por pura intuición, esos que me acompañan, los que leen mis manuscritos, los que pierden sus libros en mi biblioteca y encuentran los míos en las suyas, esos conversadores empedernidos, irredimibles tomadores de café, sonámbulos y alucinados que se toman la molestia de pasarse el tiempo conmigo.

He venido a hablar a sabiendas de que la palabra también invade y desmerece, pero es que nunca supe de amistades inmaculadas y de haberlas, esas no me interesan. Pero, fundamental-

mente, he venido a hablar de esa práctica de la amistad que nos está siendo arrebatada de puro improductiva que resulta en este mundo de mercaderes, de puro subversiva que parece en estos tiempos agitados del consumo, de puro impúdica y desafiante que arremete contra los gigantes del poder.

Y he venido porque nada me gusta más que dilapidar el tiempo, desperdigar palabras, y distraer su tan amable atención de las cosas que en estos preciosos instantes les podrían estar produciendo dividendos, rendimientos, lucro y beneficio, pero nunca el placer de los momentos derrochados generosamente en este noble oficio de reunirnos a charlar como si fuéramos muy importantes; como si tuviéramos más respuestas que interrogantes, y aún si así fuera, entonces como si nuestras respuestas tuvieran alguna utilidad práctica.

De lo poco que actualmente creo distinguir de eso que antes designaban bajo el apartado de amistad, lo que sé lo he aprendido sobre la marcha, y aprendí que requiere de al menos dos interesados, sin más imperativo para juntarse que el llano placer de la mutua compañía, para la cual, desde la más gloriosa hasta la más banal de las empresas no sean sino el pretexto para salir al campo abierto. Que no media interés alguno en quienes emprenden tan desmesurada aventura, más allá del gusto por la presencia del otro, el calor de su conversación, la avidez de su atención y su silencio, su maravilloso silencio, reflejo espe-

Pasa a la página 2

Hablar de amores es hacerlo de la historia personal de uno y de otra, de ese y de aquella; es decir, de la experiencia de todos. Publicamos hoy una entre mil y una formas de abordar el tema; como pretexto, un día más bien excusa comercial, pero que intentamos rescatar de allí para... eso: hablar de amores, una vez más hasta el fin de los tiempos.

Empezamos con el sentido puro del amor —la amistad—: un texto del autor de *Única mirando al mar* y *Los peor*, tomado de la compilación *La vida está en otra parte. El ocio, los placeres y los amores*, primera de la serie de famosas Tertulias del Farolito, publicada por la Universidad Nacional y el Centro Cultural Español (compilador: **Alexánder Jiménez**)



“ DE LOS LUGARES MAS RECOMENDADOS PARA PRACTICAR LA AMISTAD, SE HABLA DE LAS TABERNAS DE CAMINO, DE LOS ORÁCULOS Y DEL OTRO LADO DEL ESPEJO: LOS DEMÁS SITIOS SON SECRETOS.”

cular de la voz propia. Que no surge nunca un negocio promisorio entre dos amigos, pues los que entienden de eso (me refiero a la amistad), celebran siempre de antemano la cosecha; la celebración es el cometido, porque para compartir los frutos, primero se cultiva la tierra en soledad.

Es la costumbre, si no entiendo mal, buscar esa amistad entre los iguales, para no estar nunca a la defensiva, para dormir tranquilos si hay que dormir espalda a espalda en el camino, con la certeza siempre de que al menos un ojo de los cuatro vela el sueño de los otros tres.

Me gusta reunirme con mis amigos a imaginar itinerarios infinitos y máquinas voladoras, a trazar los planos y a ocultarlos de nosotros mismos más que de los plagiadores, para darnos luego a la tarea impostergable de salir en su búsqueda en la dirección contraria, que es la única ruta aceptable para buscar tesoros escondidos.

De los orígenes de la práctica de la amistad, no voy a decir nada, aunque comparto la creencia de que la inventaron los niños, y que con ellos fue creciendo hasta que llegó de mano en mano a los insurrectos, de ahí que las revoluciones se hagan para los amigos.

Del equipo mínimo para practicar la amistad es menos aún lo que sé, aunque a partir de las escasas referencias que he consultado, deduzco que un rocín y un jumento resultan casi indispensables, aunque no tanto como un odre luchado de vino.

Entre los oficios de los amigos, la clandestinidad me parece el más frecuente, sin que falten, por supuesto, los de fugitivos, tráfugas, titiriteros, encantadores de serpientes y trovadores.

De los lugares más recomendados para practicar la amistad, se habla de las tabernas de camino, de los oráculos y del otro lado del espejo: los demás sitios son secretos.

No reconozco entre mis amigos ciertos sentimientos repugnantes propios de otros grupos, como la lástima, la compasión, la caridad, la sospecha, ni la envidia. Y aunque no recuerdo un código que los prohíba, se ha sabido siempre que jamás tuvo amigos el tirano, ni su laméculos, ni el prestamista, ni el verdugo, ni el avaro, ni el traidor, ni el Papa ni el rey.

Finalmente, ¿qué podría acotar acerca de lo que decide entre un amigo y un enemigo?, eso del todo lo ignoro, porque tanto a uno como al otro hay que merecerlo, aprender a distinguirlo entre la multitud, ganárselo y sentir-

JUDAS Y EL TIEMPO

PEDRO SALINAS

“Cuando se acuñó ese aforismo tan rodado —estribillo favorito del pragmatismo barato— “*Time is money*”, el de “el tiempo es oro”, se alcanzó en él una de las marcas más bajas en la moral del hombre. Poner a par la dimensión misma del existir con la moneda, es degradación monstruosa de la conciencia del mundo, ceguera total del reconocimiento de su hermosura. Si se mira el tiempo de la vida como una concesión que se nos hace para que en su transcurso podamos salvarnos, bien podría llamarse al tiempo nuestro salvador, y emparejarlo con el dinero, como hace la paremia, es repetición del acto de Judas que vendió a su Salvador, por monedas también.

Hombre moderno que acepte en el fondo de su corazón ese precepto, como norma inquebrantable, se alista con Judas. De tal idea deriva un modo de conducta predominante en la vida moderna, y de los más deprimentes, la cicatería con el tiempo. La sensación que nos dan los demás —y nosotros a ellos, por supuesto, ya que todos andamos metidos en la danza— de roñosería y mezquindad en cuanto concierne a horas, minutos o días. De pocas cosas somos tan escatimosos como del tiempo.”

(Fragmento tomado de *El defensor*, Colección Caracruces, Grupo Editorial Norma.)

se orgulloso de él y de que se nos vincule.

Algo de todo eso es lo que, en la medida de mis posibilidades, he entendido por amistad. Sin embargo, se em-

pecina el mundo en cambiar más rápido que las costumbres, sin darnos tiempo ni siquiera para replanteármolo e imprimirle otro sentido provisional, y yo, que habría querido venir a leerles hoy otra oda a la amistad, termino escribiéndole casi un réquiem, que no es sino la puesta en blanco y negro del disgusto que me provoca el ritmo de mi época, y su eterno bombardeo de consignas ejemplares para convertir el tiempo en oro, oro que, a fin de cuentas, no nos deja tiempo para nada, y como es de tiempo de lo que se nutre la amistad, corta vida será la que le quede en este mundo de competitivos, hipertensos y ocupados, donde sentarse un par de horas a charlar es ya casi un acto de malacrianza, donde pedir vacaciones equivale a agredir al Estado, y es un insulto exigir la pensión a una edad razonable para agarrarse aún con fuerza de la cola de la vida.

No me interesa convertir mi tiempo en oro, aunque confieso mi vocación de alquimista; lo que me apasiona es discutir la fórmula horas de horas. Sinceramente, no dispongo de la capacidad de pensar en las personas en términos de “socios” en lugar de amigos, ni de formar parte de una “Sociedad Anónima”; prefiero, sin lugar a dudas, la catterva y la pandilla, así como tampoco acepto tener clientes, ni adquirentes ni deudores; me niego a clasificar el tiempo en años fiscales, días hábiles y horas extra; y considero una aberración eso de tener la oficina en la casa o cambiar una visita por una entrevista.

Sin embargo, en parte entiendo cuando me señalan que el problema es mío. Sé que extraño tiempos que no he vivido, que me quedan grandes la posmodernidad y el nuevo orden internacional, ante los cuales todo parece indicar que estamos inermes. Sólo espero que el mundo se canse algún día de todo eso, que nos devuelvan el tiempo libre y el aire puro, que no vuelva nunca un hijo de la gran madre a darme la mano para pedirme un voto y que no se le ocurra a un cura ni a un barbero (ni a un teleevangelista) salir a redimirme el día feliz en que

mande al carajo todo eso y me largue a vagabundear con mis amigos en ese único acto capaz de conjurar a los detractores de la amistad, ese acto irresponsable de dejar de producir para el sistema y comenzar a producir para el placer. Ese único acto a través del cual, me es posible aún seguir creyendo en la humanidad, el acto de amistad que cometo cada día.

